pero la clave del éxito será la participación privada. Los españoles, especialmente las grandes fortunas, tendrán que invertir sus ahorros en actividades innovadoras en vez de hacerlo masivamente en el ladrillo. Si no conseguimos canalizar el ahorro a las actividades más innovadoras, habrá vida después de la crisis pero de peor calidad a la que estábamos acostumbrados.

Es evidente que los protagonistas para plantar nuevos árboles tienen que ser las empresas. Pero el Estado debe tener un papel activo y dinamizador de estos procesos. Especialmente en una crisis bancaria y de crédito que limita la inversión en innovación y nuevas tecnologías necesaria para posicionar a España en el liderazgo de la cuarta revolución industrial en la que nos encontramos. En muchos sectores como el energético nuestros monos ya tienen árboles en la vanguardia de la revolución. En tecnologías de la información y software hemos avanzado mucho, pero aún nos faltan árboles por plantar. También son necesarios bancos de desarrollo con apoyo público que canalicen íntegramente a estos sectores los recursos que el Banco Europeo de Inversiones (BEI) o la Corporación Financiera Andina (CAF) destinan a nuestra querida España.

En definitiva, contamos con potencial suficiente para conseguir salir de esta crisis reforzados, pero queda mucho trabajo por hacer. Como diría el clásico: «Si quieres, puedes, y si puedes, debes».

17

¿Cómo salimos de ésta?

Tu estado de ánimo es tu destino.

HERÓDOTO

A este libro le ocurre lo mismo que a todas las crisis, que también tiene un final. Ha sido un largo recorrido por las causas que originaron la Gran Recesión, las políticas que permitieron vencerla y las que se equivocaron y han degenerado en la crisis del euro. El libro lo ha escrito un economista español cuya intención ha sido dar soluciones a la depresión en la que se encuentra la economía de nuestro país. Pero la globalización es un hecho; por eso, hoy más que nunca, es necesario entender el todo, o será imposible comprender las partes.

Empezamos los primeros capítulos del libro describiendo los años de la Edad de Oro del crédito, desde los felices años noventa hasta la tormentosa primera década del siglo XXI, que acabó en la peor crisis económica desde la Gran Depresión. Este economista observador ha analizado la crisis valiéndose del conocimiento de Irving Fisher y su teoría de las grandes depresiones. La causa siempre es un período de euforia y de excesivo endeudamiento anterior a la depresión. En algún

momento se desencadena una deflación de activos; en este caso fue en el mercado de titulizaciones *subprime*, pero podría haber sido en cualquier otro mercado financiero, pues la burbuja del precio de los activos era generalizada y global.

La caída del precio de los activos contamina el sistema bancario y pone en funcionamiento la restricción del crédito. En esta ocasión, la globalización financiera, la democratización de las inversiones a través de fondos de inversión e internet ayudaron a que la dinámica fuese vertiginosa y más compleja de gestionar que las crisis de deuda de las últimas décadas. La crisis fue privada, y tanto los estados como los bancos centrales pecaron de inacción y falta de supervisión. Y cuando llegó el caos, el sector privado, supeditado al interés propio y controlado por la célebre mano invisible que, según Adam Smith, guía sus decisiones, fue incapaz de coordinarse; entonces la sociedad exigió a los estados que interviniesen. Posteriormente, la sociedad ha sido despiadada y han caído gobiernos en todos los continentes (en algunos países, la crisis se ha llevado por delante incluso a dos gobiernos diferentes).

No obstante, la política económica al final consiguió revertir la dinámica depresiva global. La combinación de políticas fiscales, monetarias y financieras muy expansivas en tantos países a la vez consiguió revivir al moribundo. Desde 2009, el mundo ha crecido, el comercio global ya ha superado con creces los niveles de 2008 y las bolsas de la mayor parte del planeta también. Aun así, el índice de endeudamiento en los países desarrollados sigue siendo elevado y las economías son vulnerables a las recaídas; especialmente las economías más endeudadas, como es el caso de Estados Unidos y Reino Unido, así como muchos países europeos, entre los que se encuentra nuestra querida España.

Las economías emergentes con menores niveles de deuda y mayores tasas de ahorro y de inversión son las elegidas para sustituir a los países desarrollados en el liderazgo del crecimiento mundial, al menos en el próximo lustro. Pero se trata de economías donde la renta por habitante aún es baja y, aunque empieza a emerger una clase media, el consumo privado en dólares supone la cuarta parte del consumo de los países desarrollados. Por lo tanto, en el mejor de los escenarios, tenemos que acostumbrarnos a un crecimiento mundial inferior al de las dos últimas décadas. Además, los períodos de expansión serán más inestables y el riesgo de recaída en la recesión será mayor, lo cual hará que los ciclos también sean más cortos.

La Gran Recesión ha puesto de manifiesto la necesidad de un mayor gobierno en la globalización, especialmente en el sistema financiero internacional. Es prioritario acabar con los agujeros negros de la banca en la sombra. El sistema bancario gestiona los depósitos y el ahorro de las familias y tiene un aval del Estado para funcionar. En consecuencia, todas sus operaciones deben hacerse con luz y taquígrafos. Hay que volver a poner los bueyes delante del carro y priorizar la canalización del ahorro a los proyectos de inversión de empresas de la economía real. Para ello, tendremos que reformar el sistema financiero internacional y hacerlo más pequeño y menos complejo, limitando el poder de los bancos para que no se involucren en operaciones especulativas que los conduzcan a situaciones de riesgo por encima de lo que su capital puede soportar. Tras una declaración de intenciones muy ambiciosa en las reuniones del G-20 de 2008 y 2009, los avances en esta materia son insuficientes y debe ser un asunto prioritario en las agendas de los líderes mundiales para evitar crisis financieras en el futuro.

Otro ciclo que debe revertirse es la pérdida de peso de los salarios en la distribución de la renta mundial, así como la diferencia entre las rentas altas y las bajas, que actualmente se ha situado en máximos históricos. La irrupción de China, India y otros países emergentes con salarios más bajos es la causa principal de este proceso. Sin embargo, la globalización tiene sus efectos positivos. Por ejemplo, España mantiene los mismos empleos en el sector industrial que hace dos décadas, y ahora son mucho más cualificados y están retribuidos con mejores salarios. Al importar bienes más baratos, nuestra capacidad de compra ha aumentado, y tanto el ocio como el sector servicios han experimentado una gran evolución.

Por desgracia, las tasas de paro actuales en los países desarrollados están en sus máximos y el crecimiento económico en el futuro será menor. Como escribió Engels en el prefacio de la edición alemana del *Manifiesto Comunista*: «Los brotes verdes comienzan a florecer sobre la tumba de Marx». La deriva natural de este proceso de deterioro de las rentas del trabajo en favor del capital es el proteccionismo y la revolución social, que tendría a largo plazo unos efectos desastrosos para todos los países, como quedó demostrado en los años treinta durante la Gran Depresión. Una vez más, la solución es poner orden y más gobierno en la globalización.

Durante estas últimas décadas de desgobierno, la riqueza se ha concentrado en menos manos. Por esta razón, como sucedió tras la Gran Depresión, es el momento de gravar la riqueza para transferir ese dinero de las rentas altas a las rentas bajas con mayor riesgo de exclusión y pobreza extrema. Con esta medida no se trata de subsidiar, sino de garantizar la igualdad de oportunidades. Para conseguirlo, la educación y los sistemas de salud infantil son determinantes.

En los países emergentes hay que evitar estrategias de

manipulación de los tipos de cambio que mantengan sus productos artificialmente baratos para ganar cuotas de exportación. Esto supondrá un menor crecimiento a corto plazo, pero una mayor capacidad adquisitiva y un mayor peso del consumo privado y del sector servicios nacional a medio plazo. Todos debemos asumir que en su momento vivimos una burbuja de crédito global que ya no va a volver. Los países de éxito serán los que antes se adapten al nuevo entorno, aunque las condicionales iniciales de endeudamiento sean un hándicap importante.

Por otra parte, existe el riesgo de que los excesos de crédito que acontecieron en los países desarrollados ahora estén repitiéndose en los países emergentes; por lo tanto, la clave está en frenar la entrada de inversiones especulativas que puedan acabar provocando un sobreendeudamiento y burbujas que salten por los aires cuando los inversores decidan huir del país. Es lo que está sucediendo en España y justifica la introducción de controles de capitales para prevenir que suceda. Asimismo, los gobiernos deben vigilar de cerca el crecimiento del crédito, especialmente el dirigido a sectores con un riesgo potencial de burbujas, y limitar cuantitativamente su crecimiento si las medidas convencionales no consiguen neutralizar la exuberancia irracional del sector privado y de los mercados financieros.

En los países desarrollados no hay mucho margen para subir los salarios, salvo en países próximos al pleno empleo, como es el caso de Alemania, o en Estados Unidos, que es una economía muy cerrada cuyas importaciones tienen muy poco peso en el PIB. Éste es uno de los motivos por los que la progresividad de la política fiscal debe aumentar.

El principal riesgo para la economía mundial es Europa. El resto de los países han demostrado capacidad para autogestionar sus problemas; en Europa, sin embargo, la Gran Recesión ha puesto al descubierto las debilidades institucionales de la unión económica. Mientras los ciclos económicos fueron normales, Europa avanzó con un diseño institucional deficiente; pero la Gran Recesión ha superado todos los niveles y ha activado una crisis propia que ha puesto en cuestión el propio proyecto de la moneda única.

La economía europea, a diferencia de la estadounidense, se caracteriza por una tasa de ahorro elevada que no tiene déficit con el exterior. Europa no es una economía dependiente, y por eso mismo tendría que haber salido antes de la Gran Recesión que Estados Unidos, y más fortalecida. Por el contrario, la crisis ha provocado una balcanización del ahorro en nuestro continente y un proceso de desintegración financiera que hace que las deudas de muchos países sean insostenibles. El error de diagnóstico, unido a la «euroesclerosis» a la hora de tomar decisiones, determinó unas políticas económicas en Europa que han sido muy perjudiciales y han agravado aún más al enfermo. Esta segunda crisis no estaba en los mapas y ha activado de nuevo la deflación de activos y la dinámica depresiva en Europa.

Por este motivo, decidí incluir en el libro el capítulo de la crisis de la década de 1980 en los países emergentes y el capítulo de los costes de la no acción y de la ruptura del euro. El análisis de la crisis en los años ochenta en Latinoamérica es un soplo de esperanza. Si se toman las políticas adecuadas, la historia demuestra que hay vida después de la crisis. El capítulo de la ruptura del euro es un aviso a navegantes. Creemos que esta maldita crisis ha puesto a la sociedad europea al límite del sufrimiento y la infelicidad, pero si no se toman las medidas necesarias, y a tiempo, todo es susceptible de empeorar.

Las lecciones que hemos aprendido de anteriores crisis de deuda y depresiones son claras: hay que actuar rápido y con contundencia para frenar las dinámicas depresivas. Cada día que pasa aumenta el coste para los contribuyentes, tanto de los países deudores como de los acreedores. Para los deudores, esta dilación se traduce en un aumento del desempleo y de la deuda pública; para los acreedores, en mayores quitas y en una pérdida de parte de sus ahorros y también en deuda pública para recapitalizar sus bancos.

La historia tarda en escribirse, pero a buen seguro será despiadada con Angela Merkel. Ella abanderó el austericidio al que sometió a Europa en mayo de 2010, con resultados tan nefastos. Y Nicolas Sarkozy no es menos responsable del desastre. Francia siempre ha liderado el proyecto político europeo, aunque con altibajos, mientras que Alemania, a pesar de ser una potencia económica, ha sido un enano político. Así como la crisis de la silla vacía provocada por De Gaulle en 1966 bloqueó institucionalmente el proyecto europeo, el dueto «Merkozy» ha contribuido, con dos años perdidos, a que la resolución de esta crisis vaya a tener unos costes elevados para los ciudadanos europeos, franceses y alemanes incluidos.

Angela Merkel comparte una obsesión con Herbert Hoover: ambos apuestan por la austeridad y el equilibrio presupuestario como única solución frente a cualquier mal económico. Aunque hay que reconocer que no estaba sola; David
Cameron, Mariano Rajoy, Mitt Romney y otros líderes mundiales compartían la misma ideología y el mismo error de
diagnóstico. La fijación de Merkel por la austeridad encuentra gran arraigo entre los alemanes, pues la hiperinflación vivida en Alemania en la década de 1920 dejó en sus ciudadanos la secuela de una fobia exagerada a la inflación. Alemania

sólo tiene dos votos de los veintitrés miembros del Consejo del BCE, pero como en los juegos infantiles, los alemanes son los dueños del balón y sin ellos la moneda única no sería posible, por eso sus fobias han limitado en exceso la actuación del Banco Central. Aunque es una institución independiente y con mandato ejecutivo, el BCE se ha contagiado de la euroesclerosis y siempre ha llegado demasiado tarde y ha hecho demasiado poco para resolver los problemas.

Muchos economistas comparten el plan desarrollado en este libro; profesionales que hemos estado advirtiendo de los errores de la política económica europea, sobre todo desde la grave crisis financiera producida en agosto de 2011. Todos los países están aplicando el ajuste fiscal al mismo tiempo, y esto debe cambiar. España es uno de los países que ha perdido la confianza de los inversores internacionales, y por eso debemos seguir con el ajuste fiscal, pero también es importante que la senda del ajuste se acomode a la situación de depresión en que nos encontramos, retrasando el objetivo del 3% de déficit hasta 2016 para todos los países afectados. A estas alturas, ya sabemos que un ajuste fiscal excesivo profundiza la depresión, empeora la capacidad de pago del país y aumenta el temor de los inversores y la prima de riesgo; todo ello conduce inevitablemente a la restricción del crédito, agudiza la depresión, disminuye la recaudación y empeora el déficit y la deuda pública, amplificada por las mayores necesidades de capital para el sistema bancario.

Asimismo, los países con tipos de deuda pública próximos al 0% y margen fiscal deben aprobar medidas de estímulo; especialmente Alemania, que supone un 30% del PIB de la Eurozona y compensaría el ajuste fiscal en los países con problemas. Este retraso en el ajuste fiscal hasta 2016 reduciría el temor de que España e Italia pidieran el rescate y

también permitiría al BCE comprar bonos de esos países y estabilizar las primas de riesgo, lo cual pondría punto final a la restricción de crédito. Faltaría reestructurar las deudas que no se pueden pagar y recapitalizar después los bancos europeos, empezando por los alemanes y luego con los franceses y los holandeses, cuya exposición en los países más afectados por la crisis del euro es elevada. En el caso de Grecia, por ejemplo, que ha perdido toda la credibilidad de los inversores internacionales, los nuevos bonos deberían contar con el respaldo solidario de un eurobono. Esto mismo fue lo que hizo Estados Unidos con los países latinoamericanos en los años ochenta con el Plan Brady, y funcionó.

Este plan de política económica es similar al que aplicaron Ben Bernanke y la Administración Obama en 2009, y ha demostrado su efectividad. Los europeos tenemos que avanzar en el desarrollo institucional para acabar con los temores de ruptura del euro. La unión bancaria y la creación de un supervisor único ya están en marcha. Faltaría la creación de un fondo de garantía de depósitos único y una entidad liquidadora europea de bancos en crisis. Una vez que se produzcan ambos acontecimientos, y con el apoyo de la deuda pública, la unión fiscal estaría muy cerca. Con el eurobono ya creado, el paso sería mucho menos complicado de lo que parece. Sin duda, este plan tendría un coste para los contribuyentes de los países acreedores, pero, en mi opinión, este libro deja bastante claro que el coste de la no acción y de la ruptura del euro sería infinitamente mayor.

Por desgracia, Alemania se encuentra en campaña electoral y los estímulos no están en la agenda de Merkel. En el momento de escribir este libro, el resultado de los comicios alemanes es incierto. Los socialistas del SPD contarían con el apoyo de los Verdes, y ambos partidos están de acuerdo en

acabar con el austericidio en Europa, crear el eurobono y aplicar un ajuste compatible con el crecimiento. Además, entre otras medidas, proponen introducir de nuevo el salario mínimo en Alemania, recuperar el impuesto sobre la riqueza y subir el IRPF a las rentas altas. Si esta coalición sale triunfadora, por fin veríamos la luz al final de este largo túnel llamado crisis. Por el contrario, si Merkel es reelegida, lo que encontraremos al final del túnel será otro tren dispuesto a arrollarnos. Hasta que Europa no cambie la política económica, no habrá salida de la crisis. Y para cambiar las políticas es necesario cambiar las ideas. La historia nos enseña que es más fácil cambiar a los gobernantes que pretender que ellos sean los que cambien de ideas. La sintonía que existe entre el SPD y el presidente francés François Hollande supondría un impulso político determinante para avanzar en el proyecto europeo, en políticas para devolver a Europa a una senda de crecimiento equilibrado y para mutualizar las deudas y estabilizarlas.

He dedicado más de la mitad del libro a nuestra querida España. Como economista, procuras hacer un análisis profesional sobre los problemas económicos y sus soluciones, pero no resulta fácil analizar una depresión en tu propio país. Aquí es donde trabajo y educo a mis hijos, y me gustaría dejarles un país mejor del que me dejaron mis padres. Siento una profunda admiración por los logros conseguidos por la economía española en las últimas décadas, y a pesar de que hemos cometido errores, creo sinceramente que ningún país se merece una depresión tan dura como la que estamos padeciendo.

Para contextualizar la crisis española es imprescindible empezar por conocer la crisis global y la crisis del euro. Sin estos factores no sería posible explicar nuestra depresión, aunque tampoco fueron los únicos responsables. España fue uno de los países que más se aprovechó de la Edad de Oro del crédito internacional, y por esto mismo nos encontramos entre los más afectados por la Gran Recesión y la crisis del euro. El virus de la gripe afecta a todo el mundo, pero sabemos que sus efectos son devastadores en personas con problemas respiratorios.

La tormenta perfecta nos pilló con todo el velamen del endeudamiento desplegado. La deuda externa era (y sigue siendo) mayoritariamente privada, pero igual que en el resto de los países, la sociedad exigió al Estado que resolviese los problemas de coordinación privados. En 2008, tanto el consumo como la inversión privada literalmente frenaron en seco. El Estado no tuvo más remedio que intervenir, porque, de lo contrario, la tasa de paro habría alcanzado el 30%. Fue una buena decisión; sin embargo, se tardó mucho en reconocer los problemas que afectaban a nuestro sistema bancario, así como su saneamiento, lo que ha prolongado la restricción del crédito.

La crisis del euro ha dejado la puerta abierta para que el virus de la restricción del crédito vuelva a infectar nuestra economía. Desafortunadamente, Rajoy cometió el mismo error que Zapatero y no priorizó el saneamiento de nuestro sistema bancario nada más llegar al poder. Este error, unido a una mala negociación con Bruselas respecto al retraso del objetivo de déficit, neutralizó la legitimidad y el margen de maniobra que suponía una mayoría absoluta, y el gobierno se vio obligado a solicitar el rescate bancario a nuestros socios europeos.

El estigma y el temor de los inversores internacionales han empeorado desde entonces, y aún nos encontramos en el epicentro de la crisis del euro. A pesar de que la situación de Grecia, Irlanda, Portugal o Chipre es peor que la de España, nosotros somos mucho más grandes que los cuatro juntos y debemos a los inversores internacionales 1,8 billones de euros. Nuestra deuda pública supera ya los 850.000 millones de euros, y en Italia, que va de la mano de España en la crisis, sólo la deuda pública pasa de los 2 billones de euros. La luz se apagó en nuestro mercado de deuda pública en julio de 2011, y Mario Draghi nos volvió a conectar los plomos al comprometerse a comprar bonos españoles, pero bajo la condición de que solicitemos el rescate completo a nuestros socios. Este hecho implica que las decisiones determinantes en política económica ya no las toma nuestro gobierno y nos convierte en una economía dependiente. El rescate deja en manos de Bruselas las decisiones del ajuste fiscal, mientras que la política monetaria necesaria para estabilizar nuestros mercados de deuda y acabar con la restricción de crédito se diseña desde el BCE en Frankfurt.

En nuestra situación es muy importante que nuestros clientes europeos crezcan para poder compensar con exportaciones la debilidad de nuestra demanda interna. Por lo tanto, hasta que Europa no salga de la recesión, la crisis en España no tiene solución. Sin embargo, esto no debe llevarnos a la inacción y la parálisis. Tenemos que reducir el déficit público, y para lograrlo, debemos acometer una reforma fiscal en profundidad, como la que hicieron Adolfo Suárez y Enrique Fuentes Quintana en 1977. Y, por supuesto, hay que reforzar la lucha contra el fraude fiscal. Asimismo, tendremos que abordar una reforma de la administración que mejore la eficiencia y elimine las duplicidades —e incluso triplicidades— que se han forjado durante el desarrollo de nuestro Estado de las autonomías. Además de reducir el déficit, es imprescindible liberar recursos para paliar los nuevos focos

de pobreza extrema que está generando la depresión y para los que nuestra red del Estado de bienestar no estaba diseñada. Evitar una crisis social que ponga en riesgo las instituciones democráticas que tanto nos ha costado lograr debe ser el objetivo prioritario de la política económica española y europea. Y por eso es clave que desde Bruselas permitan que el ajuste fiscal sea inclusivo y no provoque más pobreza extrema.

El dinero es para la economía lo que la sangre para el cuerpo humano, y el sistema bancario es como la médula espinal. Su saneamiento debe ser otro de los objetivos prioritarios de la política económica. Hay que parar la depresión o, de lo contrario, la morosidad aumentará más, el precio de la vivienda seguirá cayendo en picado y los bancos necesitarán más capital del previsto. Después del rescate se ha avanzado mucho en la recapitalización de las entidades con problemas, pero el banco malo aún no constituye una hoja de ruta clara que nos permita afirmar que estamos en el camino de la solución. En primer lugar, porque el banco malo se concentra en el crédito promotor y deja sin tratar el problema de la deuda de las familias. La depresión va a destruir aproximadamente el 20% del empleo y la tasa de paro tardará en bajar; así pues, la morosidad hipotecaria y los desahucios irán en aumento hasta 2015. Es urgente parar la morosidad en el origen renegociando la deuda de las familias y aplicando una quita para conseguir que puedan quedarse en las casas. Ya hemos explicado que, desde un punto de vista económico, es mucho más eficiente reestructurar la deuda que ejecutar el embargo y desahuciar.

No obstante, en una sociedad donde la tasa de paro supera récords históricos cada trimestre y la pobreza se extiende como el chapapote del *Prestige*, no hay palabras que puedan

explicar al conjunto de la sociedad por qué se ayuda a los bancos a evitar su quiebra y se permite la ejecución de desahucios a los contribuyentes que los están salvando. Por esta razón, este economista observador ha propuesto, además de un plan para estabilizar la deuda de las familias y parar la morosidad, la creación de un parque de vivienda social para casos extremos. Franco lo hizo después de la Guerra Civil y para ello tuvo que construir las viviendas. Por lo tanto, no tiene ningún sentido que la democracia no lo haga con las viviendas ya construidas y vacías.

Este libro ha sido escrito en medio de la depresión, y no es sencillo abstraerse de ella para dar un mensaje de esperanza. Mi experiencia durante esta crisis es que si quieres crear opinión y tener credibilidad, tu relato debe ser realista. Y desde el realismo más crudo y el análisis de los problemas sin anestesia, el mensaje es que hay vida después de la crisis. La clave es minimizar el daño y las cicatrices que quedan.

He dejado a propósito para el final el análisis de nuestra competitividad, porque cuando lees los medios nacionales e internacionales, se transmite la sensación de que la economía española ha sido una bañera llena de burbujas en los últimos quince años, lo cual es falso. El capítulo dedicado a la competitividad ofrece argumentos de sobra para desmontar ese mito. La prueba del algodón es la mejor evolución de nuestras exportaciones con respecto a las alemanas. Ha habido dos economías: la de la burbuja y la innovadora, que es una historia de éxito. Hoy en día tenemos multinacionales que en los años ochenta no teníamos. Y a pesar de que el proceso de internacionalización lo han liderado estas últimas, hemos aumentado un 25 % nuestro parque de empresas exportadoras, la mayoría de las cuales son de mediano tamaño. Somos líderes en sectores de vanguardia tecnológica como, por

ejemplo, las energías renovables, pero nuestras empresas también han sabido reinventarse en sectores tradicionales como el agroalimentario o el textil.

Sin embargo, con una tasa de paro camino del 30%, no hay sitio para la complacencia. Debemos sentirnos orgullosos de nuestras empresas de éxito y de sus trabajadores, pero necesitamos muchas más para bajar la tasa de paro a niveles moral y socialmente aceptables. Será un proceso duro y nos llevará tiempo, pero es el único camino para salir de la depresión. Para ello hay que proteger a las nuevas empresas innovadoras como si fueran linces ibéricos en peligro de extinción. Hay que eliminar barreras legales en muchos sectores que favorecen a las empresas que ya están establecidas y penalizan a las nuevas firmas más emprendedoras e innovadoras. Es preciso acabar con el desmantelamiento de la educación y la investigación de calidad, un bosque que nos ha costado décadas plantar. En un mundo tan globalizado, la única estrategia de éxito debe basarse en el conocimiento y el capital humano.

Una depresión equivale a una guerra, y a las guerras se va llorado de casa y con un solo objetivo: ganar. Los españoles nos hemos convertido en una fábrica de excusas y de lamentos. Los de los millones de personas que han perdido su empleo, especialmente los mayores de cincuenta años y los jóvenes que no pueden encontrarlo, están justificados. Ellos deben tener toda nuestra comprensión y nuestro compromiso. Sin embargo, el resto tenemos la obligación moral de trabajar hasta la extenuación para sacar el país adelante. Es lo que hicieron nuestros padres y nuestros abuelos, y es lo que ahora nos toca hacer a nosotros por nuestros hijos. Y cuando te sientas desfallecer y te falte la moral, recuerda la sentencia de Heródoto: «Tu estado de ánimo es tu destino».

La sociedad española ya se ha enfrentado a muchas encrucijadas en las últimas décadas y siempre las ha resuelto con éxito. Si nos mantenemos unidos, protegemos a los más desfavorecidos y se toman las medidas adecuadas, este economista observador está convencido de que saldremos de la depresión e incluso con más virtudes de las que teníamos cuando entramos en ella.

Todos los grandes caminos comienzan con un primer paso.

Ánimo, podemos.

Agradecimientos

Gracias a todas las personas de las que he aprendido, especialmente a mis maestros, cuyas ideas he intentado transmitir en este libro.

También agradezco a Mónica, mi mujer, el apoyo y las horas que le he robado para escribirlo. Y a mi madre, Isabel. Sin sus sacrificios y esfuerzos yo no sería un economista observador y este libro nunca se habría publicado.

Y por último, aunque no por ello menos importante, agradezco a mi agente Thinking Heads el haberme puesto en contacto con la editorial Random House Mondadori, cuya labor de edición ha elevado la calidad y la comprensión de este libro. Gracias de corazón.